

–como también lo hacía Marx–, pero no considera que todas y cada una de las sociedades deban atravesar por las mismas etapas” (p. 212).

Según Petruccelli, fue Plejanov y no Engles quien hizo del marxismo esa teoría general y suprahistórica a la que Marx tanto se había opuesto. Al interior del marxismo ruso, sólo con Trotsky y su “perspectiva de la «revolución permanente»”, la cual Lenin mismo adoptaría luego de febrero de 1917, se haría justicia a Marx y también, a su manera, a “la vieja tesis populista sobre la posibilidad de evitar la fase capitalista” (p. 225). Con la revolución de octubre, pero asimismo con lo sucedido a partir de su consolidación, los imprevistos, las ironías e incluso las paradojas se impondrían por sobre la previsión científica. Y esta constatación lleva al autor a preguntarse nuevamente si “el deber de los revolucionarios” de ayer y de hoy pasa por “alinearse con la «necesidad histórica» y colaborar con el [...] sistema opresor” o resistirlo, “aun a sabiendas de la imposibilidad de derrotarlo” (p. 234). La reivindicación de la opción del viejo Trotsky deja en claro que Petruccelli se inclina decididamente por lo segundo: permanecer, siempre y a toda costa, del lado de los derrotados de la historia.

Esta elección es ante todo “ética”: se basa “en cierta concepción de lo que es justo y bueno con independencia de su factibilidad” (p. 238). Habiendo dicho esto, en el tramo final del libro Petruccelli examina si realmente existe algo así como una ética marxista. Para ello revisa los debates desarrollados en el contexto del surgimiento del revisionismo y las discusiones contemporáneas suscitadas entre los marxistas analíticos gracias a la intervención de Rawls. Lo que al autor le interesa demostrar es que “Marx se equivocaba al afirmar que él personalmente o el proletariado en tanto clase carecían de ideales” (p. 256). Sin ir más lejos, en *Crítica del Programa de Gotha* se habla abiertamente de *capacidad* y *necesidad*, lo que hace presuponer la existencia de una preocupación por el tema de la justicia distributiva o el problema de la igualdad. No obstante, el “ideal fundamental” que para Petruccelli atraviesa “la vida y la obra de Marx de principio a fin” es el de “la *libertad*”, el de “la *autorrealización*” (p. 269). Se llega así a una suerte de conclusión final: la ética o utopía que en Marx convive armónicamente con la ciencia es “una ética de la libertad, de la autodeterminación, de la libre creatividad” (p. 272).

Santiago M. Roggerone (IIGG-FSOC-UBA - Conicet)

* * *

Luciano N. García, *La psicología por asalto. Psiquiatría y cultura científica en el comunismo argentino (1935-1991)*, Buenos Aires: Edhasa, 2016, 288 pp.

Los cruces entre la cultura de izquierda y la cultura *psi* en nuestro país constituyen un ámbito de investigación que, a pesar de su indudable rele-

vancia, solo ha generado referencias dispersas e indagaciones fragmentarias. Frente a este panorama, el volumen presenta de manera exhaustiva y sistemática diversas propuestas que, desde la filas del Partido Comunista Argentino, buscaron impactar en la producción *psi* local durante el siglo XX. Dar cuenta de las particularidades de estos proyectos requiere, inevitablemente, exponer al lector los hilos de una trama que cruza diversas capas de historias nacionales e internacionales, que a su vez conectan política, ciencia y cultura.

Requiere ocuparse, como lo hace el prelude de *La psicología por asalto*, de las características de la psicología soviética del siglo XX, presentando un cuadro, el más completo disponible en lengua castellana, que permite apreciar claramente el modo en que ese campo científico estaba ampliamente permeado por los avatares políticos, incluso por regulaciones estatales.

Es el caso de Ivan Petrovich Pavlov, de quien poco suele saberse más allá de que lograba hacer salivar a un perro después de hacer sonar una campana. El texto de García permite apreciar tanto el proceso que lo convirtió en el paladín de la psicología soviética durante casi todo el siglo XX y en un referente para Occidente, así como la dinámica de esa psicología a partir de la segunda mitad del siglo pasado –su relación con el psicoanálisis y los avatares que sufrió la producción de Lev Vigotsky, otra de las figuras centrales en el libro–.

Este primer conjunto de cuestiones, que el texto muestra de un modo claro y sencillo pero preciso a la vez, se revela apenas como un eslabón para entender cómo se constituyó un *pavlovismo argentino*. En efecto, como claramente lo plantea García, es preciso también considerar los casos de Francia e incluso de Italia. En principio, por la comprensible cuestión del obstáculo idiomático pero principalmente por cierta tradición cultural y política: *cultural*, porque los intelectuales comunistas, como la mayor parte de la intelectualidad local, colocaron en Francia su faro cultural y estaban al tanto de las producciones pavlovianas francesas; *políticas*, por el peso del PC Francés en la red internacional de Partidos Comunistas. El texto muestra entonces que el pavlovismo argentino se inspiró y conformó a partir de esa doble referencia soviética y francesa.

Pero, a su vez, García expone la complejidad de la trama al demostrar que esa inspiración franco-soviética estuvo tamizada por el contexto local en tanto las características particulares del escenario político, intelectual y científico argentino impactaron de forma determinante en las consideraciones de la producción de Pavlov y de la psicología soviética en general.

Es el caso, entre muchos otros que podrían nombrarse, del particular impacto del psicoanálisis en nuestro país ya desde la década de 1930. Quizás sin proponérselo, el texto nos permite apreciar que el éxito que conoció el psicoanálisis en nuestro país no es un producto de algún tipo de preeminencia o superioridad inherente sino de extensas y apasionadas alianzas y luchas dentro del *campo psi* de nuestro país, en las cuales tuvieron destacada participación figuras ligadas directa o indirectamente al PCA. Por

ejemplo, la constitución de un “freudopavlovismo” local hacia la década de 1930, que permitió una fluida comunicación entre Freud y Pavlov tanto por parte de los psiquiatras comunistas como de los psicoanalistas agrupados en la Asociación Psicoanalítica Argentina fundada en 1942. Un proyecto que, como se puede apreciar en el primer capítulo del libro, fue altamente productivo aunque finalmente resultó insostenible. Esto permite vislumbrar que las ideas de Pavlov, y de la psicología soviética en general, estuvieron lejos de implantarse en nuestro país bajo la forma de una batalla contra el psicoanálisis: de hecho, la propagación local de ambas corrientes fue en gran parte simultánea y reunió a figuras que posteriormente siguieron trayectos diferentes e incluso opuestos.

Por otra parte, la segunda mitad del libro permite apreciar las razones por las cuales terminó resultando imposible que el *pavlovismo* se convirtiera en modelo a considerar por los psicólogos argentinos al proliferar las carreras universitarias de psicología hacia mediados del siglo XX. En este sentido, *La psicología por asalto* permite echar luz sobre el proceso por el cual ciertas prácticas psicológicas obtuvieron una hegemonía en Argentina: usando cierta terminología de Pierre Bourdieu, nos permite analizar el *habitus* de los psicólogos argentinos.

Por un lado, ilumina las cuestiones ligadas al partidismo, en tanto los psiquiatras comunistas que propiciaron la difusión de las ideas de Pavlov no mostraron interés respecto de los futuros psicólogos y, salvo destacables excepciones, se oponían a su participación en el ámbito de la psicoterapia. Ni siquiera que una de sus figuras más destacadas tuviera a cargo la dirección del Departamento de Psicología de la Universidad de Buenos Aires logró hacer declinar el sesgo psicoanalítico que, en los años 60, comenzaba a volverse notorio en la incipiente comunidad profesional. Por otra parte, en el texto se señalan cuestiones más estrictamente científicas, como la imposibilidad de reproducir el costoso modelo de producción pavloviano y las dificultades que propiciaba la conformación de una práctica terapéutica que encontrara sus bases en las ideas de Pavlov. Esta última cuestión, ausente en las primeras lecturas de Pavlov en la década de 1930, es ampliamente abordada en el segundo capítulo del libro a partir de la “psicoterapia racional” propuesta por Jorge Thénon y de los trabajos de José Itzigsohn sobre “psicoterapia de la personalidad” durante los años 60. Ninguno de estos proyectos tuvo éxito y sus respectivos autores apenas son recordadas hoy como “piezas de museo” en el campo psi argentino.

Pero esta parte final del libro no es una mera crónica de un fracaso –que, visto desde el presente, parecía inevitable– sino que ilumina el reconocimiento y la difusión que tuvieron en nuestro país dos figuras que, en gran parte, son ajenas al psicoanálisis y al campo estrictamente clínico como Jean Piaget y Lev Vigotsky.

Si bien las referencias a Piaget no son centrales en este libro, dan cuenta de un horizonte teórico local hacia la década de 1950 donde podían articularse fácilmente las propuestas del ginebrino con Pavlov, Henri Wallon y

Vigostky, cuyas primeras lecturas locales buscaban conciliarlo con las tesis pavlovianas. Este particular Vigostky “pavlovizado” se mostró altamente productivo, por ejemplo, en algunos abordajes locales de la dislexia.

La sección final del libro, que nos acerca a una etapa histórica más reciente, muestra que la tardía consagración internacional de Vigotsky, especialmente en Argentina, fue producto de un extenso y complejo proceso que encontró un factor fundamental en este caso en la paulatina declinación del sistema soviético y la crisis del PC a nivel internacional. En ese sentido, la “despolitización” o más bien la “despartidización” de Vigotsky, que facilitó lecturas diferentes a las que había recibido previamente por parte de los comunistas y pavlovianos argentinos, fue una condición necesaria para su consagración que, sin embargo, encontró su base en el impacto previo de la producción piagetiana propiciada por figuras ligadas al comunismo local.

Habiendo apenas señalado algunos de los temas presentados en *La psicología por asalto*, resulta más que evidente que este libro, además de una obra notoria y accesible para un público amplio, se convertirá en referente y modelo de muchas investigaciones por venir.

Hernán Scholten

* * *

Esteban Campos, *Cristianismo y Revolución. El origen de Montoneros. Violencia, política y religión en los 60*, Buenos Aires: Edhasa, 2016.

En *Cristianismo y Revolución. El origen de Montoneros. Violencia, política y religión en los 60*, Esteban Campos analiza las derivas de *Cristianismo y Revolución* [CyR], una revista que participó de los flujos culturales que alimentaron nuevas figuras de militancia e identificaciones políticas en Argentina durante la segunda mitad de los 60.

La perspectiva de Campos incluye el análisis discursivo, la reconstrucción de las redes de sociabilidad militante y de las condiciones políticas de la Argentina gobernada dictatorialmente. En ese sentido, el libro ofrece una posición historiográfica que muestra que CyR no fue un texto homogéneo sino una experiencia articulada por una red de productores culturales, representativos de trayectorias heterogéneas. Por eso, la revista de los católicos postconciliares no sería un “órgano de difusión” o “prensa”, modismos militantes que suponen a la producción textual como representación de algo que sucede en otra parte, refutando la idea de que CyR fue “la revista de Montoneros”. En cambio, al rastrear las derivas de la publicación, sus conexiones y las experiencias de quienes pasaron por ella, emergen miradas diversas sobre el fenómeno guerrillero, las identificaciones políticas y los modelos de sociedad deseada.

Para demostrar la hipótesis de que “la convergencia de las identidades